

Navegando en el pasado

Las anén (canoas de corteza) de los Yámana



Foto portada



Angélica M.
Tivoli



Ernesto L.
Piana

Durante más de seis milenios, los canales magallánico-fueguinos fueron habitados por grupos de cazadores-recolectores-pescadores especializados en el aprovechamiento de recursos que obtenían del litoral marino. Si bien las investigaciones arqueológicas no hallaron restos materiales de embarcaciones antiguas y no sabemos cómo eran en el pasado remoto, indicios indirectos implican que hace seis mil años, los pueblos originarios de la región del canal Beagle debieron tener algún medio de navegación.

Su posesión permitió que los seres humanos pudiesen colonizar por primera vez las islas al sur del canal Beagle, transformándose en la población más austral del mundo hasta los recientes asentamientos en Antártida.

En el siglo XIX, la región del hoy llamado canal Beagle y sus alrededores estaba ocupada por los Yámana; hacia el noroeste, alrededor de la boca occidental del estrecho de Magallanes, estaban los Alacaluf. Ambos grupos llamaron mucho la atención de viajeros, mi-

sioneros y etnógrafos debido a su aislamiento en una situación de Finisterrae, a su sencillez social y tecnológica (que según la visión europea eran inadecuadas para un ambiente de grandes exigencias) y a su permanente vagabundeo en frágiles canoas. Esos observadores dejaron gran cantidad de descripciones e imágenes (ver Orquera y Piana 1999) a partir de las cuales podemos reconstruir un panorama general: las canoas eran la tecnología más importante de los pueblos originarios del área y un elemento básico de supervivencia. Esto los diferenciaba de sus vecinos del norte de Tierra del Fuego y Patagonia continental (quienes se movían a pie hasta la adopción del caballo en Patagonia continental); hasta aproximadamente 1880, las canoas de

corteza eran el único tipo con que surcaban estos mares, luego fueron casi totalmente reemplazadas por las de tronco excavado y las de tablas.

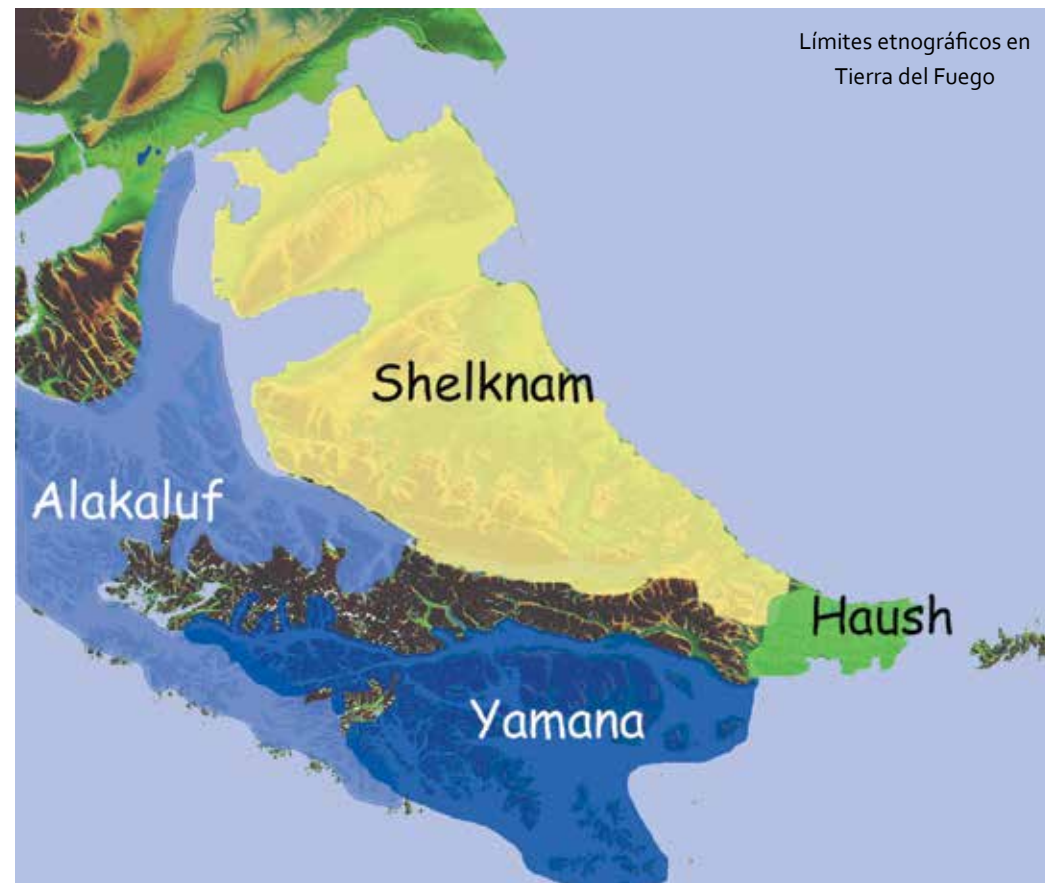
Las canoas de corteza estaban confeccionadas con lenga y coihue o "guindo" (árboles del género *Nothofagus*) y estaban sostenidas por un armazón de cuadernas, travesaños y bordas, realizados con madera de esos árboles o de otros arbustos. Para obtener corteza apta para construir canoas se buscaban árboles con troncos sin ramas ni protuberancias en un largo mayor que el de la canoa deseada y con el grosor adecuado. Luego de efectuar cortes con cuchillos de valva y cuñas de hueso, la corteza era desprendida con esos instru-

Las canoas eran la tecnología más importante de los pueblos originarios del área y un elemento básico de supervivencia. Esto los diferenciaba de sus vecinos del norte de Tierra del Fuego y Patagonia continental (quienes se movían a pie hasta la adopción del caballo en Patagonia continental).



Canoa de tronco ahuecado frente a Estancia Remolino. Foto tomada por Drumond circa 1920. Gentileza de Natalie Goodall.

Foto portada: al frente canoa yámana de corteza, al fondo el navío La Romanche de la Mission Scientifique du Cap Horn. Foto de la MSCH N° 2741 tomada entre 1882 y 1883 en Wulaia.



mentos y unas cuñas largas y finas de hueso o madera. En la confección se empleaban cinceles de huesos de guanaco, punzones de huesos de ave o de madera, piedras para raspar y cuchillos de valva para alisar la corteza. Además, exponiendo la corteza al calor de las brasas lograban volver la corteza tan flexible como un cuero grueso. Proa y popa tenían igual forma y su interior se revestía con planchas chicas de corteza removibles.

El equipamiento habitual consistía en dos a cinco remos, baldes para desagotar el agua y sogas de junco trenzado. Además, se transportaban arpones, elementos de pesca, canastos, correas de cuero y

otros implementos. Uno de los rasgos que más llamó la atención de los observadores fue el permanente transporte de fuego en las canoas, que se conservaba encendido sobre una plataforma de tierra, un parche de césped con la tierra hacia arriba, arcilla, arena, guijarros, conchillas, u otros elementos.

Las canoas yámanas medían entre 3,5 y 5,5 m de largo. Su capacidad de carga era de 300-400 kg, y aunque aparentemente poco estables, tenían buenas condiciones de navegabilidad. Confeccionarlas tomaba de dos a tres semanas y parece que se necesitaban más de una por año. Cada familia poseía una canoa, empleándola para trasladarse de un lu-

gar a otro, cazar fauna marina, pescar, explotar recursos localizados en islas, etc. En términos generales, su construcción y reparación eran responsabilidades masculinas, mientras que el manejo cotidiano lo era de las mujeres. Además, se las utilizaba para tareas exclusivamente femeninas como la pesca en los **cachiyuyos** -las algas próximas a la costa- y la recolección de mariscos. Sin embargo, tanto mujeres como varones eran hábiles remeros.

Los yámanas podían cubrir grandes distancias manteniéndose cerca de la costa, cruzar extensiones relativamente anchas de mar abierto y enfrentar aguas tempestuosas. El diseño

de las canoas -carentes de quilla- y de los remos era apropiado para desplazarse por sobre los **cachiyuyos** que crecen en la región cerca de las costas. No obstante, las canoas de corteza eran frágiles y poco duraderas.

¿POR QUÉ CORTEZA?

Las canoas se hacían con corteza por lo menos desde los primeros contactos con los europeos en el siglo XVII hasta avanzada la década de 1880, cuando comenzaron a ser reemplazadas por las canoas de tronco ahuecado o de tablas. Durante ese lapso no parecen haber recibido modificaciones importantes. Por supuesto las canoas de corteza no eran el único modelo de embarcación que los yámanas hubieran podido realizar con las tecnologías y materia prima a su disposición.

En la porción occidental del estrecho de Magallanes, territorio alacaluf (ambiente cultural y biogeográficamente muy similar al del canal Beagle) se usaban canoas de corteza similares, aunque más grandes que las yámanas, pero también canoas de tablas y de tronco ahuecado. Las canoas de corteza debían ser reemplazadas una o dos veces al año por lo que su durabilidad era menor a las de tablas. ¿Por qué, entonces, en la región del canal Beagle no se utilizaron canoas de tablas o de tronco ahuecado hasta muy avanzado el siglo XIX?

Los difusionistas culturales como Cooper (1917) o Gusinde (1937) propusieron que el uso de las canoas de madera estaba expandiéndose de norte a sur, desde grupos "culturalmente más avanzados", y simplemente no habría transcurrido tiempo suficiente para que la inno-

Las canoas se hacían con corteza por lo menos desde los primeros contactos con los europeos en el siglo XVII hasta avanzada la década de 1880, cuando comenzaron a ser reemplazadas por las canoas de tronco ahuecado o de tablas.

A izquierda muestras de maderas a ser sumergidas.

A derecha estado de las maderas al ser recuperadas:

1 ciprés, 2 corteza de coihue, 3 madera de coihue.



Si estas canoas hubiesen durado decenas de años y las de corteza debían ser reemplazadas una o dos veces al año, el rédito bien habría valido el esfuerzo.

vacación avanzara más al sur del Estrecho de Magallanes. Pero éstas eran suposiciones que no tenían base en datos concretos.

Un análisis más ambientalista fue dado por Emperaire (1955) y Ortiz Troncoso (1975) quienes señalaron que la expansión de las canoas de tablas coincidía con la extensión de los bosques de cipreses y alerces, y que con estos árboles era más fácil extraer tablas con cuñas de hueso o madera

que de las lengas y guindos de Tierra del Fuego. No obstante, al desbastar con filos de piedra o valva combinados con uso del fuego, se hubieran podido confeccionar canoas ahuecando troncos grandes o bien, con mayor esfuerzo, obtener tablas aprovechables de lengas y guindos. Si estas canoas hubiesen durado decenas de años y las de corteza debían ser reemplazadas una o dos veces al año, el rédito bien habría valido el esfuerzo.

La primera descripción detallada de las canoas es la que escribió el capitán J. Weddell en 1823.

“Como a consecuencia de la separación del Beaufoy nos quedaron sólo dos botes consideré que, en caso de ausencia de aquél, una canoa de las canoas fueguinas podía resultarnos útil y, por lo tanto, procuré adquirir una nueva de ellas. Como la construcción de la misma parecía haberles llevado mucho trabajo, no pude menos que ser generoso en mi oferta y les entregué dos aros de barrica completos, y en menos de cinco minutos la familia, con todos sus utensilios, fue trasladada a otra canoa y la que adquirimos quedó lista para ser entregada. Ordené que se la izara a bordo y me sorprendí al comprobar que era pesada; pero al subirla a cubierta, encontré una plataforma de arcilla de unas 6 pulgadas de espesor que cubría todo el fondo y que actuaba como lastre y para preservar el piso del fuego, que mantienen constantemente encendido sobre la arcilla. El largo de esta canoa era de 12 pies con cuatro pulgadas y tenía 2 pies con dos pulgadas en su parte más profunda; estaba construida de fuerte corteza de haya (*) que parecía más ancha que la que proveen los árboles de las cercanías y que probablemente haya sido obtenida en el interior. La totalidad del navío estaba compuesta de tres piezas: una pieza formaba el fondo y las otras dos, los lados; estaban cocidas entre sí con ramitas fuertes. Las costillas o cuadernas tenían sección semicircular y estaban ubicadas con su lado plano hacia abajo y en contacto unas con otra en forma vertical; de modo que, cementada por la arcilla la canoa se vuelve fuerte y capaz de navegar contra el viento a gran velocidad. La disposición interna de los compartimentos parece ordenada. Los utensilios de pesca ocupaban la primera división, la siguiente va ocupada por la mujer a cargo del remo delantero; la tercera está ocupada por el fuego; la cuarta es el compartimiento de achique donde se junta el agua que debe ser arrojada afuera; a continuación viene el lugar donde se sientan los hombres; en la quinta división va la mujer encargada del remo posterior; y en último lugar está el pañol trasero, en el cual guardan todas sus cosas de valor. Generalmente ubican sus arpones de forma que se proyecten por encima de la proa. Una vez asegurada la canoa y los remos, regresé a la contemplación de quienes la habían vendido, los cuales, me alegré de ver, estaban muy alegres y parecían muy felices con la posesión de los aros con que yo les había pagado.

(*) Se refiere a *Nothofagus*

Para saber si el uso de corteza era una decisión de los yámanas, necesitábamos descartar que hubiese algún limitante ambiental insoslayable. Una de las variables analizadas fue la presencia en aguas australes de **teredos** cuyas larvas horadan y digieren la madera. Para conocer su posible influencia sobre este problema se realizó una experimentación: sumergimos juntos en aguas del canal Beagle trozos de madera de lenga (*Nothofagus pumilio*), de coihue o “guindo” (*Nothofagus betuloides*) y de “ciprés de las Guaitecas” (*Pilgerodendron uvifera*), junto con fragmentos de corteza de los dos primeros. El resultado fue que las maderas de lenga y coihue fueron rápidamente atacadas por los teredos. La madera de coihue fue retirada del agua a los tres meses y había sido carcomida, perdiendo más del 35 % de su peso, mientras que la de lenga

fue retirada al año, habiendo perdido cerca de un 70% de su peso original. La madera quedaba tan debilitada que no era apta para las canoas. Por el contrario, durante más de un año ni la madera de ciprés ni las cortezas de ambas especies de *Nothofagus* fueron atacadas por teredos u otros organismos marinos.

La conclusión es obvia: desde el Estrecho de Magallanes hacia el norte, la existencia de teredos era irrelevante debido a que se podía utilizar madera resistente a sus ataques. En cambio, las maderas accesibles en la región de los Yámana simplemente no fueron útiles hasta contar con herramientas de metal y productos químicos que protegiesen la madera. Por el contrario, la corteza de lenga y coihue era un material apropiado para construir las canoas dado que no era atacado por estos moluscos



La expansión de las canoas de tablas coincidía con la extensión de los bosques de cipreses y alerces, y que con estos árboles era más fácil extraer tablas con cuñas de hueso o madera que de las lengas y guindos de Tierra del Fuego.

Glosario:

Cachiyuyos: algas de la región de la especie *Macrocystis pyrifera*.

Teredos o bromas: moluscos bivalvos marinos que se alimentan de madera.

Bibliografía y lectura sugerida

Cooper, John Montgomery. 1917 *Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, boletín 63, 233 págs.

Emperaire, Joseph. 1955 *Les nomades de la mer*. Gallimard, París.

Gusinde, Martin. 1986 [1937] *Los Indios de Tierra del Fuego. Los Yámana*, II. CAEA, Buenos Aires.

Orquera L.A. y E.L. Piana 1999 La vida social y material de los Yámana. Eudeba- IFIC. Buenos Aires.

Ortiz Troncoso, Omar. 1975 Los yacimientos de Punta Santa Ana y Bahía Buena (Patagonia Austral). Excavaciones y fechados radiocarbónicos. *Anales del Instituto de la Patagonia*: VI (1-2): 93-122, Punta Arenas.